i 29523771



El Cardenal Cisneros.

(ROMANCE HISTORICO.)

1516.

I.

En un sencillo aposento
de la morada que habita
en Madrid, el Cardenal
Gobernador de Castilla,
discutiendo varios nobles,
mas que con calor con ira,
aguardan á su Eminencia
que está celebrando misa.
Enriquez y Pimenteles,
Haros, Girones, Medinas,
ven allí representantes
de sus progenies altivas;
y á fé que las duras mallas
y las corazas bruñidas
que en vez de brocado ó pieles
sus anchos hombros cobijan,
manifiestan á las claras
que su temprana visita
ni es respetuoso homenaje,
ni rasgo de cortesía.
Sus descompuestas palabras
ódio y cólera respiran
hácia el poder vigoroso
que sus blasones humilla,

y mas de una vez, llevados
por la pasion instintiva
que el reconcentrado fuego
de sus miradas indica,
con ademan arrogante
de indomable altanería
se vió buscar el acero
á su diestra convulsiva.
—«¿Hasta cuándo, un Benavente
esclama, serán sumisas
nuestras cervices al yugo
que nos cubre de ignominia?
Ya lo veis, para ese fraile,
que valiéndose de intrigas
tiene hoy en su mano el cetro
y en ambos mundos domina,
somos cual viles lacayos
ó plebe desconocida,
á quien se hace en la antesala
esperar una sonrisa.»
—«¡Voto á tal! contesta un Haro,
cuyas tostadas mejillas
cubren del orgullo herido
las arrebatadas tintas;
¡voto á tal! que si esas frases
que aun me hieren sin oirlas,
procediesen de otra boca
mas baja ó menos amiga,
pronto les diera mi espada
contestacion merecida,
cortando la torpe lengua
que se atrevió á proferirlas.»
—«Guardad de ese ardor los brios
para otra causa mas digna,
que á quien dobla cual vasallo
ante un fraile la rodilla,
ni cuadran tales arranques
que la humildad abomina,
ni le están bien otras armas
que el hisopo y la capilla.»
—«Paz, señores; interrumpe
Enriquez, cuya política
en aras de la prudencia
las pasiones sacrifica.
¿Es posible que arrastrados
por inútiles rencillas
deis al olvido el objeto
que causa nuestra venida?
Mal consejero es el ódio
y mal amigo la envidia
cuando en asuntos de Estado
la imaginacion vacila.
Tengamos calma un instante,
aguardemos la salida
del Arzobispo Cisneros
que acaso ya se aproxima,
y esponiendo nuestras quejas
con voz severa y tranquila,
escuchemos las razones
con que su conducta esplica.»
Pero tan digno consejo
las pasiones no mitiga,
y al oir que se respeta
la autoridad combatida,
unos la atacan por dura,
otros la tachan de indigna,
otros porque de las Córtes
la aprobacion necesita;
todos peroran á un tiempo,
y á tal estremo se agitan
que mas parece un tumulto
que una reunion pacífica.
—«¡Basta de contemplaciones
que han de causar nuestra ruina!
prorumpe con voz de trueno
un Giron, ardiendo en ira.
Acordémonos, señores,
que en ocasion parecida
nuestros ilustres abuelos
esgrimieron la cuchilla,
y si un Beltran de la Cueva
y un Luna, vieron perdida
su privanza ante el empuje
de los nobles de Castilla,
no ha de conseguir un fraile
empresa tan atrevida,
que la fuerza de su brazo
de nuestro silencio es hija.
Al campo, pues; de la Córte
dejad las sendas torcidas.
Al campo, y que viva el rey,
si jura nuestras franquicias.»
Un aprobador murmullo
espresa las simpatías
de los oyentes, que acojen
sin discutir la medida;
mas al dirigir sus pasos
á la puerta de salida
se abre esta y el Cardenal
se les ofrece á la vista.

II.

El conquistador de Orán;
el hombre que ante la historia
se ha presentado ceñido
por una triple aureola;
el que invirtiendo sus rentas
en inmarcesibles obras,
alzó con ellas un templo
á las letras españolas,
y de la naciente imprenta,
como muestra portentosa
dejó en la *Biblia poliglota*
un monumento de gloria;
el que sostuvo en sus manos
el peso de dos coronas,
haciendo morder el polvo
á una nobleza orgullosa,
ningun distintivo ostenta
que revele en su persona
la suprema dignidad
que ejerce con tanta honra.
Tosco sayal franciscano
cubre sus enjutas formas,
como testigo elocuente
del orígen que le abona,
y con sandalias de cuerda
bajo del hábito asoman
aquellos piés que del trono
pisan las régias alfombras.
Unicamente en su pecho
luce la muceta roja
con que premiar sus virtudes
quiso la Sede apostólica,
como para hacer patente
que por la fé religiosa
vertería de su sangre
hasta la postrera gota.
Pero en cambio ¡qué grandeza
hay en su frente espaciosa!
¡qué penetracion se advierte
en su pupila recóndita!
Tras de la humilde apariencia
de que su esterior blasona,
de la energía y del génio
arder la llama se nota,
revelando sus miradas
esa fuerza misteriosa
de los hombres á quien Dios
sobre los hombres coloca.
Y tanto es así, que al verle
la reunion tumultuosa
retrocede subyugada
y su rencor aprisiona.

III.

—«Escusadme, caballeros,
si he tardado á pesar mio,»
dice el noble Cardenal
tomando asiento tranquilo;
«y ora esponed francamente
de vuestra queja el motivo,
que si él es justo y yo puedo,
no sereis desatendidos.»
Mas aunque así les invita,
aquellos nobles altivos,
ó por cólera, ó por miedo,
guardan estraño mutismo;
hasta que al fin Benavente,
interpretando atrevido
el pensamiento de todos,
responde en tono conciso:
—«La nobleza castellana
quiere, señor Arzobispo,
que en la direccion del reino
sea su voto atendido.
Es costumbre que han guardado
los reyes durante siglos,
y no es cosa ¡vive Dios!
que la rompan sus ministros.»
—«Aunque para obrar cual obro,
le contesta el gran político,
puedo presentar, señores,
un incontestable título,
estoy dispuesto á cederos
el gobierno que no ansío,
si citais en vuestro apoyo
un fundamento legítimo.
¿Qué monarca ha sancionado
ese privilegio inícuo?
¿qué ley concede á los nobles
tan inmenso poderío?»
—«¿Qué ley? La de la conquista;
el derecho que ha nacido
de la sangre derramada

en combates infinitos.
Nuestra espada creó el reino,
y si un Señor consentimos,
la autoridad nos compete
cuando el trono está vacío.»
—«La autoridad es de Dios,
y él se la dá á los unjidos
para velar sobre el pueblo,
como padres por sus hijos.
Por voluntad de Fernando,
hasta que su nieto invicto
venga á ceñir la corona,
debo ejercerla, aunque indigno;
y si apelando á la fuerza
intentáreis impedirlo,
á fin de guardarla incólume,
el cielo me dará auxilio.»
—«¿Adónde están los poderes
de que os creeis revestido?
Mostradlos: sepa Castilla
quién la manda y con qué títulos.»
—«Los vereis, dice Cisneros,
y abriendo un balcon vecino,
añade: «para vosotros
no pueden ser mas legítimos.»
Con asombro y estrañeza,
se agolpan á ser testigos
los nobles; pero bien pronto
retroceden confundidos,
que en un llano que se estiende
delante del edificio,
miran formado un ejército
de continente aguerrido.
—«Aquí teneis mis poderes,
dice el Cardenal ministro,
creo que harán respetable
de la diadema el prestigio,
que hasta la ley es inútil
sin apoyo positivo,
y ante argumentos de espada,
quien razona está perdido.»

Aquella osada energía
que aniquiló el feudalismo,
hizo posibles las glorias
del inmortal Cárlos Quinto;
y si en los presentes males
aun nos consuela su brillo,
lo debemos á Cisneros,
al fraile de San Francisco.

L. V. y D.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.